

RODOLFO PASTOR, *Historia de Centroamérica*, El Colegio de México, México, 1989.

Decía don Daniel Cosío Villegas que Centroamérica era vértice de un triángulo fatal cuyos otros extremos eran Estados Unidos y México. Convencido de que las relaciones políticas mexicano-norteamericanas en el siglo XIX hasta el final del porfiriato eran indirectas, a diferencia de las relaciones económicas, don Daniel buscó en el estudio de las relaciones políticas de México con Centroamérica una forma más adecuada de completar el análisis de sus relaciones con Estados Unidos. Con su notable contribución a la historia diplomática, Cosío Villegas orientó las perspectivas del análisis mexicano sobre las naciones del istmo. Así, los centroamericanos hemos sido vistos como actores frecuentes de la historia diplomática triangular.

Más importante aún que la percepción externa sobre el papel de Centroamérica en las relaciones internacionales, en nuestra conciencia histórica y particularmente en algunos de nuestros países, prevalece el criterio dominante de las circunstancias externas sobre las locales. La formación de nuestra identidad nacional está profundamente cargada de elementos externos. Vistos siempre desde afuera y consintiéndonos siempre como sujetos de historia diplomática, los centroamericanos nos hemos ahorrado nacionalismos dudosos, pero hemos perdido talento y oportunidad para manejar nuestras circunstancias nacionales. Siendo los débiles del triángulo, siempre "próximos, pequeños, pobres y atrasados", los centroamericanos hemos comprado las utopías y los espejismos del juego externo, descuidando y hasta destruyendo lo que hemos construido adentro. La dolorosa situación de la última década así lo confirma.

La *Historia* de Pastor nos regresa a Centroamérica en su propio escenario de ayer y de hoy, dejando ver las posibilidades que la historia nos ofrece, desde adentro, para emprender la construcción de una sociedad de colaboración y consenso, en la que las circunstancias externas tengan valor instrumental.

Es poco lo que recordamos sobre las particularidades del pasado centroamericano respecto a los otros procesos de formación nacionales en América Latina. No establecer con claridad esas particularidades nos ha llevado con frecuencia a la inadecuada comprensión de nuestras realidades. Algunas de esas particularidades, que Pastor redescubre en su libro, aclaran la fragmentación posterior de la unidades políticas centroamericanas, las rivalidades profundas y las dificultades para cimentar políticamente una tierra de guerra. Pero también en esas particularidades se distinguen las posibilidades de transformación y cambio en favor de la construcción nacional. Asimetrías y contradicciones en esa transformación reflejaron desigualdades entre provincias y grupos sociales, importantes para definir la situación centroamericana del siglo XX.

Rescatar, ordenar y explicar el pasado centroamericano tiene en el libro de Pastor una razón constructiva adicional: discutir los fundamentos históricos de la debilidad del estado pequeño, mostrando que tales fundamentos tienen su contraparte histórica favorable a la unificación política. La viabi-

lidad de los pequeños estados queda en entredicho en el mundo actual; las perspectivas son aún más difíciles.

Centroamérica sigue siendo un espacio potencialmente favorable a la integración política. En décadas anteriores habíamos podido demostrar vitalidad y eficacia en el manejo de las relaciones intracentroamericanas, con la experiencia del mercado común y prácticas comerciales internacionales benéficas para el proceso de modernización económica, que empezaba a dibujar una identidad centroamericana frente al resto del mundo. Pero nos faltó historia, nos faltó visión histórica para avanzar, al mismo ritmo que en la economía, en los campos de la política, y pronto perdimos las ventajas del crecimiento integrado. La última ocasión en que a Centroamérica se le presentó la posibilidad de convertirse en un ente político y jurídico fue en el decenio 1960. Desafortunadamente, esa posibilidad se esfumó cuando los enfrentamientos fáciles alentados por desigualdades locales se apropiaron del escenario político; las identidades que empezaban a consolidarse en el ámbito regional se rompieron, primero, en medio de una guerra entre Honduras y El Salvador, y más tarde cuando aparecieron nuevas formas de enfrentamientos políticos locales con claros tintes de escalada ideológica internacional. Comprando de nuevo las utopías y los espejismos del juego externo, enterramos décadas de esfuerzos desarrollistas alcanzadas en un marco de integración. Más grave aún, favorecimos el regreso de viejos conflictos que acentúan el valor de fronteras e identidades particulares.

Es importante que ante los acontecimientos de los últimos años tengamos una lectura de la historia, de modo que, como dice Pastor, "libere a la imaginación de la tiranía del presente, compense la miopía de los últimos sucesos y pueda sustentar una comprensión exacta de nosotros mismos". Quizá ahora se abra nuevamente la posibilidad de integración que nos conduzca a la unificación política.

La historia no nos salva; pero bien leída, teniendo en cuenta los acontecimientos de la última década, nos puede ayudar a encontrar un sentido de responsabilidad ante el futuro.

RENÉ HERRERA ZÚÑIGA

K.J. HOLSTI, *The Dividing Discipline: Hegemony and Diversity in International Theory*, Boston, Allen & Unwin, 1987.

Las severas críticas al realismo político en el decenio 1970 y las teorías alternativas que se propusieron dieron lugar, en la década pasada, a un intenso debate sobre el método más adecuado para el estudio científico de las relaciones internacionales. En la segunda mitad de esa década se fortaleció la perspectiva neorrealista, que al reformular el realismo le dio nueva vigencia. Puesto que el neorrealismo tiende a predominar y parece afianzarse cada vez más entre los teóricos de las relaciones internacionales, la lectura de la obra de Holsti